ABC 28 abril 1945

EL DEPORTE BAJO LA METRALLA

El noticiario nos encara de improviso con el reportaje de un partido de fútbol en un país en guerra. Millares de espectadores gritan apasionadamente, azuzan a sus favoritos, imprecan a sus contrarios. Se ven, sí, múltiples uniformes aquí y acullá; pero nada hace pensar que aquella masa inabarcable y gritadora, a la que aún le queda energía para ponerla al servicio de una polémica deportiva, esté circundada por una amenaza, cada vez más dura, de fuego y de muerte. Se piensa que aquel cielo abierto y claro, bajo el que los jugadores trazan sus vivaces zigzags, no es un cielo hasta el que puedan llegar los aviones enemigos, y que cada uno de aquellos seres cuyos rostros alborozan o mustian los pueriles quiebros del balón tiene su desembocadura, cuando el partido acabe, en un hogar plácido y firme sobre el que es imposible que una bomba se desplome para reducirlo a escombros. Pero como no es así y lo sabemos, como sabemos que antes de que la semana finalice leeremos el nombre de esa ciudad en los partes oficiales de guerra, y que mil fotografías e informaciones complementarias nos hablarán de su calvario y de su fin, fumamos el cigarrillo de los descansos estremecidos de admiración por lo que no atinamos a comprender que es: si sangre fría o fatalismo, si inconsciencia o heroicidad.

¿Y si no es nada de eso—se nos ocurre cuando ya el timbre nos convoca de nuevo—y sí sólo una pura e irremediable ley biológica lo que permite estos oasis de inhibición, estos paréntesis de paz, en un pueblo tundido a diario por la descarga de toneladas y toneladas de acero? Y a esa carta nos quedamos, porque ella encierra, sin duda alguna, la más humana explicación de ese hecho sorprendente.

Hay en el hombre una irrefrenable tendencia a recuperar la normalidad perdida. Hasta en las crisis individuales, mientras el corazón no deja de funcionar, todos los órganos restantes aspiran a cumplir la función para la que fueron creados, y aun todavía después de su postrer tictac algunos siguen durante un breve tiempo su tarea, rebeldes a la inapelable orden general que les condena al fin.

Antaño, las guerras dejaban muchos sectores neutrales. Detrás de la batalla, en una retaguardia a la que sólo llegaba el dolor de las privaciones y el de las tristes nuevas, la vida seguía, melancólica, pero intacta. Con la Aviación aquella quietud se interrumpió y por eso, hoy, el stadium, vulnerable a la aparición del bombardero gigantesco, es también primera línea, como la trinchera. Unas horas más tarde, el verde césped sobre el que ahora va de un lado a otro, empujada por juveniles músculos, la pelota disputada, lo socavará la dinamita. Aquella multitud dispar se descuartizará en innumerables refugios. Pero algún ágil jugador quedará tal vez con sus pies apresados en el asfalto reblandecido por las bombas de fósforo y arderá como una pira votiva, al honor de los dioses de la guerra. El, tan diestro, que marcó los goles del triunfo...

Hasta el último instante, sin embargo, y en tanto la hora del fin inexorable no se marca en la clepsidra de sangre, aquella célula diminuta de ese coloso que es una nación moderna en armas—o sea, el partido de fútbol, con sus atletas y sus espectadores y sus jueces—, sigue funcionando, impávida y encendiendo de aplausos y de imprecaciones el espíritu de unos miles de almas. Mientras el corazón lejano, vencido, se debate al borde de su trágica asfixia.

JOAQUÍN CALVO SOTELO